

## DE JOB A RAND: EN BUSCA DEL ORIGEN DEL MAL

---

## FROM JOB TO RAND: IN PURSUIT OF THE ORIGIN OF EVIL

MARTÍN EUGENIO ORTIZ GARCÍA \*

*\*Licenciado en Administración de Empresas, Licenciado en Derecho con especialización en Administración Pública Municipal por la Universidad Iberoamericana y postgrado en Administración Pública en la Universidad de Manchester, Inglaterra. Como catedrático universitario ha impartido las materias de Teoría del Derecho y Derecho Constitucional. En el sector público ha ocupado los cargos de Regidor del Ayuntamiento de León, Guanajuato, en la Administración 1997-2000; Diputado del Congreso del Estado de Guanajuato, en el periodo 2000-2003; y Secretario del Ayuntamiento en la Administración Municipal 2012-2015.*

### Resumen

La capacidad de hacer el mal es una de las condiciones que han acompañado al ser humano desde sus orígenes. ¿De dónde viene? ¿Por qué prevalece el mal en un mundo que pondera lo justo y lo bondadoso? ¿Por qué la disponibilidad hacia la maldad se ha considerado una cualidad entre quienes ejercen el poder? ¿Determinará el mal el curso de la historia? El libro bíblico de Job plantea inquietantes preguntas sobre este tema. Las posibles respuestas, sin embargo, se han asomado en la obra de personajes como Maquiavelo, Hobbes, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer y Rand. Sus afirmaciones sobre la naturaleza humana son el punto de partida del presente texto, que realiza un análisis, desde diferentes perspectivas, acerca del conflicto entre virtud y maldad, así como su relación con el Estado y el poder.

**Palabras clave:** hombre, moral, Estado, poder, egoísmo, mal.

## Abstract

The ability to commit evil is one of the conditions that have accompanied the human being since its inception. Where does evil come from? Why does evil prevail in a world that weighs what is just and kind? Why has availability to evilness been considered as a quality among those who exert power? Will evil determine the course of history? The biblical Book of Job raises disturbing questions on this subject. Possible answers, however, have emerged through the work of figures like Machiavelli, Hobbes, Schopenhauer, Nietzsche, Spencer and Rand. Their statements about human nature are the starting point of the present text, which performs an analysis of different perspectives, the conflict between virtue and evil, as well as its relationship with the State and power.

**Key Words:** man, moral, State, power, selfishness, evil.

## Introducción

Frank Cottrel Boyce escribió el guion de una fascinante película que narra la historia de un grupo de prisioneros que enjuiciaron a Dios mientras esperaban la muerte en el campo de exterminio de Auschwitz. Lo acusaron de abandonar al pueblo judío y permitir la maldad del genocidio. Para aquellas víctimas inminentes resultaba incomprensible que Dios observara, indiferente, las atrocidades cometidas por el verdugo nazi. Aunque la película se enmarca en el género de la ficción, Elie Wiesel, galardonado con el Premio Nobel de la Paz y sobreviviente del Holocausto, afirmó en una entrevista (Alonso y Gordon, 2016) haber presenciado un hecho similar en un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial, mientras era apenas un adolescente.

Siglos antes, el pueblo judío había conocido una narración semejante. Me refiero al *Libro de Job*, correspondiente al Antiguo Testamento de La Biblia, del cual se desconoce su antigüedad exacta. Sin embargo, sus planteamientos son tan ancestrales como actuales, porque aún buscan respuesta. Job es el hombre justo que arrastra un sufrimiento inmerecido. Su historia nos plantea profundas y enigmáticas cuestiones sobre el origen del mal y del sufrimiento humano; cuestiones que penetran hondo en la esfera de la filosofía política.

A través de reclamos dirigidos a Dios, Job, aquel hombre atormentado por la voluntad de su propio creador, construye un acertijo fascinante: ¿por qué priva la injusticia en un mundo creado por un Dios al que apreciamos justo y bondadoso?, ¿por qué siendo omnipotente creó Dios la maldad?, ¿por qué el hombre bueno debe soportar el sufrimiento que sólo debería recaer en el inicuo?

Tales planteamientos cuestionan la idea del Dios sólo bueno o, mejor dicho, la idea de un Dios cuya omnipotencia se reflejaría únicamente a través de la bondad. ¿O incluye su omnipotencia la capacidad para hacer el mal? Job también cuestiona una pretendida supremacía del bien sobre el mal, la cual debería garantizar una recompensa natural para quien optara por lo justo, lo bueno, lo bello y lo verdadero, es decir, por los valores supremos. Esta antigua concepción se expresa en una frase incluida en el libro de Proverbios, atribuido al Rey sabio Salomón: “Lo que el malvado teme, eso le vendrá; pero a los justos les será concedido lo que desean” (Proverbios, 10:24).

Si tal promesa se cumpliera, estaríamos insertos en un orden esencialmente justo, en donde el bien siempre prevalecería sobre el mal. Pero en caso contrario, la existencia humana transcurriría dentro de un orden completamente indiferente a los valores universales, reducidos a meras ficciones creadas por la mente humana. Bajo esta premisa, toda moral opuesta al orden natural sería tan artificial como inútil. Al igual que el lobo despedaza en su beneficio al cordero menos hábil, así también el ser humano más fuerte, liberado de toda enajenación moral, habría de prevalecer sobre los demás. Y no existiría remedio humano que pudiera evitarlo.

El individuo sería entonces una criatura que habita un espacio en el que Dios no toma partido. Un mundo en donde la verdadera justicia consistiría en que el fuerte prevalezca sobre el débil. El darwinismo social como la verdadera regla, pero no de oro sino de plomo, por cuya prescripción el triunfo sólo se conquista en la medida en que se haga al prójimo todo aquello que no se desea para uno mismo. Esto es, la moral del más fuerte; la moral impuesta por la naturaleza.

Así, los reclamos de Job ponen en entredicho la idea de que el hombre se ha forjado de Dios como noción del bien supremo. ¿Puede haber una deidad buena y todopoderosa que acepte indiferente la maldad y el sufrimiento del justo? Job, hombre virtuoso sobre el que recaen los males más terribles, exige respuestas sin encontrarlas. Pregunta entonces a otros hombres: “¿Por qué siguen vivos los malvados y al envejecer se hacen más ricos?” (Job, 21:17). Y afirma también categórico sobre lo que Dios permite: “Deja la tierra en poder de los malvados y venda los ojos de sus gobernantes: quien si no él lo hace” (Job, 9:24).

## **Desarrollo**

Con sus preguntas y afirmaciones, Job nos plantea una incógnita de profundos alcances para la filosofía política. ¿Por qué gobierna el que desafía a Dios y la justicia no lo alcanza? Éstas

son sus palabras: "Mientras tanto hay paz en la tienda de los salteadores y viven tranquilos los que desafían Dios" (Job, 12:6).

Elihú, el más joven de los interlocutores de Job, toma la palabra para ofrecer su respuesta: "Si el hombre peca o si es justo en nada afecta a Dios, es a otro ser humano a quien afecta tu maldad" (Job, 35:8). Elihú dibuja un Dios indiferente al proceder humano, una deidad que, en nombre del libre albedrío, toma distancia de su creación y vierte severa su respuesta sobre Job: "¿Me condenas a mí para salir tú absuelto?" (Job, 40:8). Consecuentemente, el mal que los hombres se producen entre sí constituye el oneroso precio de su libertad, por haber sido creados con la capacidad para elegir. El bien sólo existe ante la opción del mal. Y así, todo lo bueno vendría de Dios y todo lo malo del hombre, quien en uso de su libertad es el artífice de la maldad.

Surge entonces la imagen de un ser humano abandonado frente a sí mismo, víctima de su propia libertad con la que produce el mal que lo aqueja, sin tribunal supremo y sin justicia inmanente; creado por una fuerza incomprensible que se repliega una vez consumada su creación. Su libertad es la fuente de todo el bien y de todo el mal, bendición y maldición. Dios observa y permanece en silencio, como la gran máquina inmóvil que, tras realizar su obra, cesa de intervenir en ella. Ya en el mundo griego, a través de Epicuro, se había planteado esa paradoja irresoluble, la cual cita David Hume (2009).

*"¿Es que Dios quiere prevenir el mal, pero no es capaz? Entonces no es omnipotente.*

*¿Es capaz, pero no desea hacerlo? Entonces es malévolo.*

*¿Es capaz y desea hacerlo? ¿De dónde surge entonces el mal?*

*¿Es que no es capaz ni desea hacerlo? ¿Entonces por qué llamarlo Dios?"*

Siglos después, desde la psicología, Carl Jung habría de plantearnos similar cuestión: "¿Por qué no arrancar el mal de raíz?" (Jung, 2014, p. 88). El planteamiento es contundente, si Dios es Dios, por qué no acaba con el mal y punto.

Otro libro de Antiguo Testamento, el *Eclesiastés*, nos habla del mismo drama de la injusticia humana: "Vi llorar a los oprimidos sin que nadie los consolara, sin que nadie los consolara del poder de los opresores" (Eclesiastés, 4:1). Qohelet<sup>1</sup> denuncia lo mismo que observa Job, gente honrada que fracasa por su honradez y gente malvada que prospera por su maldad. Pero Qohelet no eleva sus preguntas al cielo, sino afirma categórico sin esperar respuesta:

<sup>1</sup> Qohelet es la forma hebrea de 'Eclesiastés', un personaje dedicado a la sabiduría y a la ciencia. No busca como Job la razón del sufrimiento, sino que comprueba la vacuidad del bienestar y se consuela recogiendo los modestos goces que puede ofrecer la existencia.

“Hay honrados a quienes toca la suerte de los malvados, mientras que a los malvados les toca la suerte de los honrados” (Eclesiastés, 8:14). Y convalidando la injusticia, camina cómplice la multitud: “Sepultan a los malvados, los llevan a lugar sagrado, y la gente marcha alabándolos por lo que hicieron en la ciudad” (Eclesiastés, 8:10).

Durante el siglo XVII, Thomas Hobbes -autor de *Leviatán*- observó el drama humano desde una perspectiva fascinante. Para Hobbes (2003), el hombre es un ser esencialmente malo cuyos motivos para actuar se constriñen al egoísmo y al miedo. Tal pesimismo sobre la naturaleza humana nos recuerda lo establecido en los Salmos bíblicos: “En maldad he sido formado y en el pecado me concibió mi madre” (Salmos, 51:15).

Para el pensador inglés, en estado original de naturaleza, antes del amanecer de la libertad civil, el ser humano posee el derecho natural de hacer todo aquello que permita su auto conservación. Todo se permite -*ius in omnia*- y no hay conducta moralmente reprochable. Si para Dostoyevsky (1991) todo estaría permitido si Dios no existiera, así también, para Tomás Hobbes, sin la existencia del Estado todo se permitiría. El impulso de auto conservación, esto es, el impulso natural de evitar la muerte, sobre todo una muerte violenta y prematura, se manifiesta a través del miedo y el egoísmo que, a su vez, conforman el motor que mueve a nuestra especie. Al ser humano lo mueve el miedo o el deseo. Y es precisamente el temor a una muerte violenta en manos de otro hombre lo que provoca la invención del Estado y el Derecho, creaciones artificiales, verdades subjetivas que pretenden mitigar los males que engendra la naturaleza humana. Para Hobbes, el hombre crea la organización política para protegerse de sí mismo porque su naturaleza es mala. Y así, movido por el temor, deja tras de sí la libertad natural para iniciar su largo viaje en el mundo de la libertad civil. Una libertad restringida por un poder finito y terrenal, llamado Estado, que busca llenar el vacío que deja Dios entre los hombres.

El Estado nace para apaciguar a la bestia original. Estado, ley y moral, constituyen instrumentos de doma mediante los cuales se pretende evitar que el motor que nos mueve también nos destruya. No hay entonces justicia inmanente y natural. No puede haberla. Job se equivoca al esperarla. Egoísmo y miedo, instintos motrices primigenios, seguirán encendidos en el corazón humano. Así, con un pensamiento sistemático y profundo, Hobbes establece una pregunta básica de la filosofía y la política: ¿Es el ser humano una criatura esencialmente inclinada hacia el mal que precisa de una máquina represiva de poder, llamada Estado, cuya misión es contener los instintos naturales de nuestra especie? (Hobbes, 2003).

Previo a Hobbes, Nicolás Maquiavelo, hombre del Renacimiento, galileo de la política, había develado las reglas que gobiernan el ascenso al poder. El planteamiento maquiavélico, en

materia de la lucha por el poder, se enmarca en un aspecto básico: aquel individuo que se auto imponga límites morales será derrotado por quien actúe sin limitación alguna. El poder sólo obedece a las reglas del poder. O mejor dicho, a un conjunto de valores distintos e incompatibles con los establecidos por el cristianismo. Valores precristianos o propios de aquel mundo pagano que habían llevado a Roma a la cúspide de la civilización. Quien no comprenda y asuma este mundo axiológico distinto, acepta por anticipado su derrota. Será vencido como un profeta desarmado, o relegado a los bordes de la intrascendencia. Quien compite como un hombre bueno sucumbirá frente a quien no lo haga, porque no todos los hombres son buenos. Si lo fueran, el poder sería alcanzado por aquel que perdonara más, el que siempre cumpliera su palabra, el que renunciara al engaño, el que nunca recurriera a la vileza o la violencia para el logro de sus fines, pero el mundo no es así. Esto es lo que dice Maquiavelo en su obra esencial 'El Príncipe':

*"[...] porque un hombre que quiera hacer profesión de bueno entre tantos que no lo son, no puede llegar más que al desastre. Por ello es necesario que un príncipe que quiere mantenerse aprenda a poder no ser bueno, y a servirse de ello o no servirse según las circunstancias" (Maquiavelo, 1980, p.122).*

Así, el hombre poderoso puede procurar el bien, pero debe ser capaz, atento a las circunstancias, de hacer el mal. Debe ser león y zorro, nunca paloma o cordero. En los asuntos del poder, Maquiavelo nos plantea una moral bipolar o dos morales incompatibles entre sí, la del hombre del poder y del Estado y la del individuo común. Sin una disponibilidad hacia el mal, el sujeto que busca el poder está incompleto, desarmado ante la realidad, mutilado en sus habilidades. De esta forma, la moral convencional del cristianismo resulta un obstáculo para quien busca la cima. Maquiavelo ve en el político exitoso la misma imagen del Dios antinómico que actúa en contra de Job; un personaje que es, al propio tiempo, señor del bien y del mal. Una deidad que puede ser amada pero debe, ante todo, ser temida.

Se ha dicho que Maquiavelo jamás recomendó el empleo de medios inmorales para alcanzar fines inmorales. Tal vez así haya sido. En tal caso, la moral dual de Maquiavelo sólo se justificaría para el logro de fines superiores y benéficos para el todo, para el conjunto del cuerpo social. Pero esta moralización de los medios no se corresponde con la realidad. Los hechos nos demuestran que el poder tiene sus propias reglas y que sólo se conquista mediante su observancia, con independencia de los fines perseguidos. El león y el zorro conquistan el poder aunque sea solo para satisfacer su ambición y el amor a sí mismos. Más inquietante aún, es que las reglas del poder se transmiten a otros ámbitos sociales diversos a la política. Es decir, que aquel que las aplica tiene mayores posibilidades de prevalecer frente a los demás, sin importar la naturaleza de la relación social de que se trate.

Maquiavelo no prescribe, describe. El florentino afirma lo que todos saben y nadie se atreve a decir en voz alta, excepto Job, que eleva su voz hacia el cielo reclamando respuestas. Job y Maquiavelo observan lo mismo. El primero no acepta el orden de las cosas, pide explicaciones, se inconforma, se subleva en contra de la realidad, denuncia en voz alta al que gobierna desafiando a Dios; el segundo, funda con sus observaciones las ciencias políticas de la modernidad.

El político triunfante que describe Maquiavelo coincide con el hombre en estado de naturaleza dibujado por Hobbes. Aquel individuo predispuesto a inobservar las reglas, sin ingenuidad moral, sabedor de que en la lucha por la vida prevalece quien ignora las normas elaboradas por el ser humano, sean éstas de carácter moral o jurídico, ejerciendo los derechos ilimitados de un estado natural que aún intuye; un ejemplar extraordinario con derecho a todo y que, por ende, deja en libertad su ánimo de dominio, trascendiendo toda prescripción cuya observancia obstaculice el despliegue de su potencialidad. Y que sabe, además, que nada grande ha de lograr sin rebajarse a sí mismo. Un personaje que se ubica a sí mismo en un estado permanente de excepción -la búsqueda de la sobrevivencia y el dominio-, el cual justifica la inobservancia de los convencionalismos. Sus medios son reprochables pero eficaces. Su moral es la eficacia. Triunfa y gobierna el que desafía a Dios. ¿Job encuentra en Hobbes y Maquiavelo la respuesta que exige a Dios?

Ya en el siglo XIX, Arthur Schopenhauer (2005), pesimista como Hobbes sobre la naturaleza humana, afirma haber descubierto la esencia misma de todas las cosas, más allá de su representación como fenómeno perceptible mediante los sentidos. Esa esencia, la cosa en sí, el noúmeno, ya había sido previamente planteada por Emmanuel Kant, quien, sin embargo, no la alcanza a definir. ¿Qué es lo que en realidad existe más allá de todos los fenómenos que percibimos mediante los sentidos? Lo que en realidad existe más allá del fenómeno es la voluntad, responde Schopenhauer (2005) en *El mundo como voluntad y representación*. La voluntad entendida como un querer que actúa en y mediante todas las cosas incluyendo al ser humano; una energía universal incontenible, sin finalidad, sin propósito, ciega, incesante e insaciable.

Esa voluntad, la esencia metafísica de todo fenómeno, se objetiva en el ser humano y se traduce en egoísmo, del cual somos esclavos involuntarios, anulando el libre albedrío. El ser humano quiere ante todo vivir y para ello antepone su propia voluntad a la de los demás, ocupándose de su propia conservación y de su bienestar. Atrapado en la atención de sus necesidades incesantes, la vida se convierte en dolor o en hastío. Tras la satisfacción de una necesidad prosigue otra, y así hasta la muerte. Esta voluntad de vivir, origen de la discordia, colisiona con la de los demás, provocando el conflicto humano y la guerra de todos contra

todos. Así, la mera voluntad, esa energía universal que es la cosa en sí, constituye el origen del mal inevitable, puesta al descubierto por Schopenhauer, su gran hallazgo filosófico.

En el malvado, esa voluntad es más fuerte y por eso predomina: "La vida es de los malvados: ¡vive tú!" (s/f). Job percibe esta realidad terrible pero no sabe su origen, y por ello exige una respuesta que no le es concedida. Para Schopenhauer (2005), la única salida posible consiste en tomar conciencia de la fuerza destructiva de la voluntad, resignarse, aspirar al quietismo absoluto y al completo aniquilamiento de la voluntad egoísta; sentir compasión, reconociendo el sufrimiento de los demás como el propio. Una ética compasiva que no puede ser ni enseñada ni impuesta, y que sólo se obtiene mediante el conocimiento intuitivo.

Friedrich Nietzsche comprendió y rechazó la filosofía de Schopenhauer, al repudiar la ética compasiva y la contención del egoísmo, juzgando a ambas como nocivas para la naturaleza humana. Nietzsche es el anticristo, pero también, el anti Schopenhauer. Propuso entonces una inversión completa del concepto de virtud construida por la cultura judeo-cristiana (Nietzsche, 2011).

Para Nietzsche, aquel hombre liberado de la moral, cuya supremacía Job denuncia, encarna en realidad la esencia de la auténtica virtud. Su éxito es justo y merecido, al igual que justo y merecido es el sufrimiento de aquellos espíritus débiles, esclavos de una falsa moral. Lo correcto es pues, para Nietzsche, que haya prosperidad en la casa del fuerte y que prive el sufrimiento en la del débil. Debe entonces surgir el superhombre que partiendo de la virtud reformulada, sin miedo, sin remordimiento y sin culpa, se entrega al sublimado ejercicio de los instintos; aquel que libera su vitalidad para liberar al hombre de las ataduras de la moral cristiana. Y que da rienda suelta a una voluntad de poder que lo lleva a expandirse sin límites. En Nietzsche, la voluntad no es la energía esencial que origina el mal, como lo afirma Schopenhauer, sino una fuerza reprimida que debe ser liberada para que el hombre encuentre su mayor plenitud. La voluntad de poder.

Desde el mirador de Nietzsche, la moral es la renuncia a la voluntad de existir. Pese a ello, afirma, el ser humano se aferra a valores inalcanzables. Así lo expresa:

*"Nos despreciamos sólo por no poder mantener, en todo momento, ese absurdo entusiasmo que se llama idealismo. La mala costumbre de mantener vivo un ideal es más nociva que la rabia de aquel que ha perdido la ilusión"*  
(Nietzsche, 2011, p. 21).

Job es aquel que se aferra a un ideal y sufre en consecuencia. Para Nietzsche, la salida consiste en un proceso de transmutación de los valores cristianos. Un proceso que inicia con la negación total de esos valores –nihilismo– y culmina al aceptar como verdadero todo aquello



opuesto al cristianismo. La inversión, en suma, del sermón de la montaña; un nuevo sermón emitido desde el fondo del abismo de la realidad más cruda. Así, el perdón al enemigo debe dar paso al instinto de venganza; la mejilla mancillada, al puño como respuesta; la caridad, al egoísmo. Y la compasión, sustituida por la indiferencia hacia el débil. Luego advierte lo que ve llegar desde las postrimerías del siglo XIX:

*“Vivimos en medio del nihilismo incompleto. Los intentos de escapar al nihilismo sin transmutar los valores que prevalecen hasta ahora producen el efecto contrario, es decir, agudizan el problema” (Nietzsche, 2011, p. 26).*

Y finalmente sentencia: “Se acercan los tiempos en que habremos de pagar haber sido cristianos durante dos mil años” (Nietzsche, 2011, p. 2).

Debe entonces, según Nietzsche, surgir una especie superior, liberada por completo de las nociones conocidas del bien y del mal, dejarlas atrás; una emancipación de lo ético para que el ser humano despliegue su potencia plena en una nueva era. Para Maquiavelo, el prototipo de ese hombre completo es Cesar Borgia; para Nietzsche, el propio Borgia y Napoleón. Esto es lo que dice Nietzsche: “Fue tan lejos la confusión que llegó a estigmatizarse con los nombres más injuriosos precisamente a los grandes virtuosos de la vida... Aún hoy se estima obligado censurar a Cesar Borgia, lo que, sencillamente, hace reír” (Nietzsche, 2011, p. 461).

Y sobre Napoleón, espeta:

*“Falta la especie superior, es decir, aquella raza cuya fertilidad y poder hagan posible mantener la creencia en el hombre, habría que considerar que las mayores y más nobles esperanzas de este siglo se las debemos a Napoleón... En resumen, que tenemos una meta y que por ella no vacilamos en hacer víctimas humanas, arrostrar todos los peligros, tomar sobre nosotros todo lo malo, todo lo peor: la gran pasión” (Nietzsche, 2011, p. 25).*

Tal es el pesimismo vigoroso que debe emerger de la transformación de los valores. No se puede, “buscar soluciones terrenas y, al propio tiempo, con el gusto de lo falso, anhelar el triunfo definitivo de la verdad, el amor y la justicia” (Nietzsche, 2011, p. 27). Job, por el contrario, representa a quienes continúan creyendo en el bien y el mal, manteniendo vivo el ideal moral aún en medio del sufrimiento inmerecido; aquellos que cuestionan los valores sin dejar de creer en ellos y, sobre todo, que no caminan hacia su transvaloración, víctimas, por ende, de acuerdo con Nietzsche (2011), de un nihilismo debilitante y de una voluntad de poder agotada.

Pero hay algo más. Nietzsche y Elihú, interlocutor de Job, parecen hablar en clave análoga: el triunfo del fuerte sobre el débil sólo ofende al hombre dócil que merece la derrota. Un avasallamiento que Nietzsche encuentra deseable para la civilización y el progreso de la humanidad. Para él, el hombre frágil se refugia en la moral, porque los valores morales

tienen su origen en la debilidad y sirven para justificarla. La moral vista como escondite de los débiles, de espíritus inferiores que envidian y temen a sus enemigos y renuncia a la venganza, a la voluntad de poder, al deseo de tener y de tener más. La renuncia, en suma, a la aventura de la vida. Si para Hobbes el hombre es el lobo del hombre, para Nietzsche el hombre debe ser el dios del hombre.

Por el camino de la filosofía que lo conduce a la demencia, Nietzsche se distancia, incluso, de quienes por el sendero de la ciencia arriban a conclusiones semejantes a las de él. Ni admite rivalidades ni otorga concesiones. Me refiero a su postura frente Darwin y a Spencer. Nietzsche se declara anti darwinista al señalar como una patraña la teoría que establece la selección natural de los más aptos y el descarte los más débiles. Así lo afirma:

*“Nada me sorprende tanto, al lanzar una mirada sobre los grandes destinos de los hombres, como encontrar delante de mí lo contrario de lo que hoy ven Darwin y su escuela, o lo que quieren ver, es decir, la selección a favor de los más fuertes, de los mejor logrados, el progreso de la especie; pero lo que sucede es exactamente lo contrario: la supresión de los casos afortunados, la inutilización de los tipos mejor logrados, el inevitable gravitar de los tipos medios y hasta de los inferiores a la media... la selección no se verifica en provecho de las excepciones y de los casos singulares...” (Nietzsche, 2011, p. 363).*

Sin embargo, en realidad, Nietzsche y Darwin se tocan y se alejan. Para este último, los instintos morales colocan al individuo en desventaja frente a sus congéneres. Éstas son sus palabras:

*“No podemos olvidar que, aunque una elevada moralidad le brinda a cada individuo y a sus hijos pocas ventajas sobre los demás hombres de la misma tribu, todo progreso aportado al nivel medio de la moralidad y un aumento en el número de los individuos bien dotados, procurarían positivamente a esa tribu una ventaja sobre cualquier otra” (Darwin, 2010, p.88).*

Así pues, una elevada moralidad pone en desventaja a quienes la practican, tal y como lo denuncia Job, aunque una moralidad media entre la sociedad es factor de progreso, acompañada de un aumento de los individuos mejor dotados, de quienes habría que esperar un alejamiento de los estándares morales. Es decir, el progreso se obtiene de una combinación entre moralidad colectiva y la presencia de individuos superiores. El biólogo británico, a diferencia del filósofo germano, no visualiza el progreso como el resultado de una sociedad compuesta únicamente de hombres superdotados. El progreso también precisa de los instintos sociales, base y origen de la moralidad.

Por otra parte, aproximándose hacia la postura de Nietzsche, Darwin denuncia aquellas conductas orientadas al auxilio de los individuos menos exitosos en la lucha por la existencia. Así lo establece:

*“Es muy probable que si la vacuna no existiese, miles de personas hubieran sucumbido a los ataques de la viruela. Por medio de estas invenciones, los miembros débiles de las sociedades civilizadas propagan su especie...; a excepción del hombre, ninguna especie es bastante ignorante como para permitir que se reproduzcan sus crías más defectuosa.” (Darwin, 2010, p. 89)*

Darwin sostiene, en suma, que la especie humana desarrolló instintos de solidaridad social -base de la moral- que fueron seleccionados y transmitidos de generación en generación, porque tales instintos, si bien no reportan una ventaja individual, sí lo hacen en favor de la comunidad, lo cual, por otro lado, pugna con la selección natural y alienta la reproducción de los más débiles.

Herbert Spencer, sociólogo británico contemporáneo de Nietzsche y Darwin -aunque repudiado por el primero por sus coqueteos con el altruismo en el ámbito de las relaciones individuales (Nietzsche, 2011)- introduce el concepto de la “supervivencia del más apto” como la ética natural que debe orientar las decisiones del Estado en favor de progreso.

Para Spencer, ningún tipo de intervención estatal puede variar el curso de la naturaleza:

*“[...] la pobreza del incapaz, las angustias que asedian al imprudente, la miseria del holgazán y al derrota del débil por el fuerte que deja a tantos en las “sombas y la miseria”, son los decretos de una benevolencia inmensa y previsoras” (Spencer, 2012, p. 91).*

Para dicho personaje, las relaciones de solidaridad o de ayuda al débil sólo se justifican dentro del ámbito familiar o en las relaciones privadas, no así mediante la acción estatal, la cual, en lugar de disminuir el sufrimiento lo aumenta, y favorece la propagación de aquellos para quienes la vida solo habrá de proporcionarles dolor y sufrimiento. De esta forma, la benevolencia inmensa y previsoras no puede obrar en favor del enfermo o del débil, sino en favor del más apto y del más fuerte (Spencer, 2012).

Ya en el siglo XX, las palabras de Nietzsche y Spencer encuentran eco en la filosofía de Ayn Rand<sup>2</sup>, quien encabeza la rebelión de los grandes hombres frente a las ataduras de la moralidad convencional. Atlas, el gran incomprendido, lleva sobre su espalda al mundo y por ello merece dominarlo. ¿Qué haría la humanidad sin su fortaleza? Para Rand, el ser humano no constituye una especie conformada para sacrificarse para los demás. Las ideas de sacrificio y compasión lastran el potencial de aquellos destinados a la cumbre. He aquí la filosofía del egoísmo que hoy se expande entre las élites del siglo XXI.

<sup>2</sup> Ayn Rand es el pseudónimo de Alisa Zinóvievna Rosenbaum, nacida en 1905, filósofa y escritora judía-rusa, creadora del sistema filosófico ‘objetivismo’. Es una autora poco conocida en México.

Rand mantiene vivo el ideal nietzscheano y lo propaga hasta nuestros días. Observemos la traducción al mundo de la economía de esta visión de la vida, en palabras de Milton Friedman, contenidas en la obra de De Waal, célebre economista neoliberal:

*“Pocas tendencias podrían socavar tanto los cimientos de nuestra sociedad libre como que los directivos de las empresas aceptaran cualquier responsabilidad social que no sea ganar tanto dinero como puedan para sus accionistas” (De Waal, 2011, p. 59)*

Bajo una mirada supuestamente objetiva, Ayn Rand (2010) afirma que el altruismo constituye una noción monstruosa que destruye el progreso; una teoría errónea que establece que el hombre debe vivir para el bien de los otros, poniendo el interés de los demás sobre el de uno mismo. Para ella, en suma, el altruismo representa un profundo odio hacia el éxito, el hombre y la razón, porque no apela a las virtudes humanas sino a sus debilidades. Por ello, afirma que debemos aceptar el hecho de que el logro de la felicidad es el único propósito moral en nuestras vidas.

## **Conclusiones**

El *Libro de Job* anticipa las preguntas a las que Maquiavelo, Hobbes, Darwin, Spencer, Schopenhauer, Nietzsche y Rand ofrecen respuestas. Ante sus postulados, los reclamos de Job parecen ingenuos e injustificados; reclamos sin sentido, una vez descubierta la naturaleza humana y las reglas de la vida, de la evolución y del poder.

Para Maquiavelo, la sociedad será siempre regida por aquellos dispuestos a desvincular el poder de la moral. Para Hobbes, la naturaleza humana no se constituye de bondad sino de egoísmo y miedo. Para los científicos británicos, Darwin y Spencer, la sobrevivencia del más fuerte constituye la ley de la naturaleza. Para Schopenhauer, el hombre es esclavo de una energía universal, la esencia de todas las cosas, la cual se traduce en una ciega voluntad de vivir de la que emana el origen del mal. Para Nietzsche, la virtud redefinida consiste en liberar al hombre de la moral, su propia y lesiva invención. Y para Ayn Rand, la moralidad altruista es una fuerza que obstaculiza el progreso. Para Nietzsche y Rand, el hombre-dios es aquél que todo lo puede y que no debe auto limitarse para alcanzar la plenitud.

El cristianismo, sin embargo, dio respuesta a las preguntas de Job de manera muy distinta. El sermón de la montaña propagó una filosofía novedosa cuyo eco se escucha hasta nuestro tiempo. El Dios del cristianismo dejó de ser el amo del bien y del mal, y se transformó exclusivamente en la suma de todas las bondades. Un Dios sólo bueno. Las consecuencias fueron enormes, porque hecho a imagen y semejanza de su creador, el hombre debe

ser, en correspondencia, el hombre bueno. Con la bienaventuranza de los mansos, de los pacificadores, de los misericordiosos, de los limpios de corazón, de los pobres de espíritu, de los que quieren justicia; con su prédica de amor hacia el enemigo, el cristianismo puso los cimientos filosóficos y culturales de una era que alcanza ya los dos milenios. Ideas poderosas no han bastado para cambiar el corazón del hombre, y que no siempre han sido el centro de la predicación cristiana, pues a menudo fueron desplazadas por dogmas o supersticiones que dañan al cristianismo desde adentro. Pese a todo, el sermón de la montaña nos muestra el camino hacia el perfeccionamiento de la especie humana. Hacia allá debemos ir y no hacia otro lado. El abandono del humanismo cristiano en el mundo occidental puede acarrear el deterioro de las relaciones sociales a niveles inimaginables. Tal vez, como insinuara Baruch Spinoza desde el siglo XVII (1986), la preservación del cristianismo precise de una simplificación de su mensaje humanista y trascendental, expresado en la idea básica de un ser supremo al que sólo se honra mediante la práctica de la justicia y la caridad hacia el prójimo.

Del cristianismo filosófico emanó un arquetipo del individuo orientado a dirigir. El líder de la era cristiana debe actuar para los demás y actuar, sobre todo, en favor de los más débiles, transmitiendo al Estado, aún al Estado laico, una finalidad de justicia y bondad. El cristianismo propagó también una poderosa idea de igualdad entre los hombres. Una igualdad ante Dios que, con el devenir de la historia, se enlazó en un ideal de igualdad ante la ley. Sin embargo, el cristianismo axiológico no siempre ha existido y no podemos afirmar que su ideal pueda prevalecer indefinidamente como filosofía dominante en la cultura occidental, en cuyo seno se han larvado pensadores poderosos como Nietzsche y Rand, que transmutan los valores colocando al egoísmo en la cúspide de la escala.

La filosofía del egoísmo legitima la desigualdad y la injusticia como consecuencias de un orden natural y deseable, proclamando la concentración del poder y la riqueza como la nueva medida de lo genuinamente bueno. Ello significa la muerte del fariseo, aquel que oculta su naturaleza tras las formas y los ritos, para dar paso a la emancipación del egoísmo, abrazado ya como virtud. El gran egoísta como arquetipo del héroe. El fariseo desprovisto de su máscara.

¿Qué consecuencias traerá para las democracias occidentales el abandono del paradigma de las virtudes cristianas, sobre todo entre sus élites políticas y económicas? Bajo la moral del egoísmo, el Estado se transforma paulatinamente en un aparato que asume, como premisa correcta, la desigualdad y la exclusión del débil. Un capitalismo filosófico que se funda en la transvaloración de los valores cristianos. ¿Podrá en el siglo XXI mantenerse vivo el ideal cristiano y su visión del Dios bueno, del hombre bueno y del Estado bueno? ¿Avanza la

civilización occidental y sobre todo sus élites hacia una era post cristiana? ¿Será desplazado el cristianismo por la filosofía de la voluntad de poder?

Asistimos a una gran batalla que se da entre los ideales cristianos, versus la filosofía de un egoísmo reivindicado como la virtud genuina. Se trata de un movimiento que tiende a popularizar los valores del paganismo precristiano, de los cuales se desprende un rompimiento con la noción de la virtud emanada del cristianismo. Una especie de neo paganismo, cuya medida de realización es el logro del éxito a cualquier precio. Lo virtuoso es entonces el ímpetu, el orgullo, la dureza, la astucia, la osadía, la fortaleza de ánimo para hacer el mal cuando se precise, todo con un afán de llegar a la cúspide o mantenerse en ella. Un concepto de virtud natural que viene de un tiempo distante.

Esta noción de virtud ha sido practicada abierta o disimuladamente, de manera consciente o intuitiva por los grupos dominantes de todas las épocas, pero ahora avanza y se propaga en un ámbito generalizado. Del resultado de este choque entre el humanismo cristiano y los valores neo paganos, y no sólo del avance de la ciencia, dependerá el tipo de Estado, de economía y de política que se terminará asentando en el siglo que transcurre. De la suerte del cristianismo humanista y de sus juicios éticos dependerá el perfil de la sociedad que está por venir. ¿El siglo que transcurre habrá de presenciar la prevalencia del sermón de la montaña, o su disolución en el abismo que nos mira y acecha desde siempre?

Al final de aquel proceso de Auschwitz narrado por Boyce, y del que Wiesel se dijo testigo, los prisioneros que enjuiciaron a Dios decidieron declararlo culpable. Fue culpable por su ausencia y abandono. Pero, aun así, no dejaron de creer en Él. Entonces, en medio del desconcierto absoluto, tras el vacío dejado por su propio veredicto, aquellos reos de muerte procedieron a rezar y plantaron sus rodillas sobre el suelo del campo de exterminio. Perdieron todo, pero optaron por no perder a Dios. Creyeron en la luz en medio de la oscuridad, creyeron en el bien aunque ellos mismos fueran derrotados por el mal, creyeron en Dios, aunque éste no les dio respuestas. Como Job lo hiciera desde un tiempo remoto.

## **Bibliohemerografía**

Alonso, Guadalupe y Gordon José (entrevistadores) (2016, julio 24). Elie Wiesel, los misterios de la condición humana, Grupo Milenio. Recuperado de [http://www.milenio.com/cultura/Elie\\_wiesel-escritor\\_sobreviviente\\_Holocausto-libro\\_la\\_Noche\\_Auschwitz\\_15\\_778872107.html](http://www.milenio.com/cultura/Elie_wiesel-escritor_sobreviviente_Holocausto-libro_la_Noche_Auschwitz_15_778872107.html)

- Darwin, Ch. (2010). *El Origen del Hombre*. 1ª Ed. original en inglés, 1871. 1ª Ed. Terramar Ediciones, Argentina, 2010.
- De Emmony, A. (Director) y Cottrell, F. (Guionista) (2008) *Juicio a Dios*.
- De Waal, Frans (2011) *La Edad de la Empatía*. 1ª Ed. México: Tusquets,
- Hobbes, Th. (2003). *Leviatan o La Materia, Forma y Poder de una República Eclesiástica y Civil*. 1ª Ed. original en inglés, 1651, duodécima Ed. en español, 2003, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Hume, David (2009), *Dialogues concerning Natural Religion*, [Texto electrónico]. Consultado el 18 de abril de 2017. Recuperado de Project Gutenberg <http://www.gutenberg.org/files/4583/4583-h/4583-h.htm>
- Jung, C. (2014). *Respuesta a Job*. 1ª Ed. original en alemán, 1952, traducción del alemán de Fernández de Maruri, Rafael, Trotta, España, Madrid, 2014.
- La Biblia (2005), 123ª Ed., San Pablo y Verbo Divino, España, Madrid.
- Maquiavelo, Nicolás (1980), *El Príncipe*, 1ª Ed. original en italiano, 1532, Ed. Bruguera, Colombia, 1980.
- Nietzsche, F. (2011). *La Voluntad de Poder*- 1ª Ed. original en alemán, 1901, 2ª Ed., traducción del alemán de Mares, Roberto, Tomo, México D.F. , 2011.
- Nueva Biblia Española (1976), Ediciones Cristiandad, España, Madrid.
- Schopenhauer, A. (2005). *El Mundo como Voluntad y Representación*, 1ª Ed. en alemán, 1818, 1ª Ed. en la colección 'Sepan cuantos...'. 1983, traducción del alemán por Ovejero, Eduardo y Maury, Porrúa, México, D.F.
- Spencer, Herbert, (2015) *El Hombre Contra el Estado*, 1ª Ed. original en inglés, 1884, 1ª Ed. Coyoacán, México, D.F. , 2015.
- Spinoza, Baruch (1986) *Tratado Teológico-Político*, 1ª Ed. original en latín, 1670, Madrid: Alianza Editorial, 1986.
- Usuario desconocido [Objetivismo], (2010, septiembre 17) *Ayn Rand - Cómo el Altruismo destruye el Capitalismo* [Archivo de video]. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=BGC7GHRE-W0>